

APUNTACIONES PARA EL ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGIA

(Véase el número de marzo de esta Revista)

3.—Los partidarios de la otra tendencia evolucionista que arriba indicamos, iniciaron su teoría, porque comprendieron que nada se podía sacar en favor del transformismo con la teoría de la descendencia directa.

De un mismo tronco mamífero, dicen tales autores, salieron dos ramas distintas: una que dio lugar al cuerpo de la simia, y otra a la del hombre, «las cuales, a medida que fueron prolongándose, así se iban diferenciando mutuamente; pero en forma que permanecieron siempre algunas parecidas cualidades que bastan para recordar su común origen.»

Mas de ser esto así, comenta el P. Miguel Pérez y Rodríguez, deberán encontrarse indefectiblemente mayores puntos de contacto entre los más lejanos ascendientes de ambos y por consecuencia lógica diferencias más señaladas entre los más aventajados ejemplares de la actualidad, suposición que viene a ser contradicha por la realidad, pues precisamente se observan mayores analogías entre los más remotos ejemplares de esqueletos humanos y de los actuales monos antropomorfos que entre aquéllos y los prosimios.

En segundo lugar, y obsérvese que esto constituye un argumento decisivo, para suponer la común procedencia del hombre y del mono actual sería preciso a su vez suponer una serie de anillos intermedios que fueran paulatinamente enlazando al uno y al otro con su primitivo origen. Pero si bien existe una considerable colección de prosimios paleontológicos, todavía no se ha podido encontrar, por más pesquisas que se han realizado en las capas geológicas, indicio o fragmento

alguno que realmente pueda atribuirse al supuesto intermedio entre los supuestos ascendientes del mono y el hombre actual; antes, por el contrario, todos los estudios antropológicos, paleontológicos y geológicos llevados a cabo hasta el día, vienen a demostrar no ya una progresiva evolución hominal, sino más bien una repentina aparición humana, en forma perfecta y con caracteres idénticos al hombre de nuestros días, lo cual viene a echar por tierra cualquier sospecha que quiera enlazar la génesis de éste con la de algún otro mamífero.

«Con sobrada razón, pues, dijo Ranke en el Congreso Antropológico celebrado en Lindau (Baviera) que los datos en los cuales ha querido fundarse la teoría de Klaatsch eran puramente imaginarios, protestando a la vez porque en nombre de la paleontología y de la zoología se hubiera querido sujetar al examen de los congresistas aquello que no era más que producto de la fantasía.»

Pero examinemos más de cerca los hechos que se refieren a esta cuestión.

Punto importante para la teoría transformista, en cualquiera de sus dos actuales tendencias, sería encontrar al hombre en la época terciaria.

Veamos, ante todo, qué nos dicen los restos encontrados por el presbítero Bourgeois en los yacimientos de Thenay.

Se reducen esos indicios a unas piedras de sílice del terreno mioceno inferior o aquitaniense que parecen estalladas por el fuego y groseramente talladas o retocadas.

Si esas piedras han estallado a causa de un calor natural excesivo, nada podrán indicar sobre la pretendida existencia de una labor inteligente o intencionada, propia del hombre:

Dichas piedras no presentan la concha de percusión necesaria e indispensable en la talla de los minerales homogéneos y amorfos, según antes explicamos. Como se notara esa falta, recurrió Mortillet a la idea de que estaban retocados, porque dichos sílices tenían aspectos muy uniformes y el retoque aparentaba la forma convexa y no cóncava, lo cual, decía Mortillet, era un indicio de labor intencionada o inteligente. Pero de este último subterfugio fueron sacados los partidarios de tal teoría cuando D'Ault du Mesnil y Delau demostraron que esos y semejantes sílices eran más frecuentes cuanto más se excavaba y eran más abundantes en las capas del neoceno que en las superiores; es decir, en aquellas capas en donde no pudieron ser talladas ni por el antropoide ni por el hombre. Al ver esto Mortillet, comprendió que su hipótesis estaba en muy difícil situación y así lo manifestó paladinamente.

Como se preguntase para qué fabricaba el llamado antropoide de Bourgeois esos groseros e inútiles instrumentos, Mortillet respondió con esta explicación poco o nada seria: «hacía entonces mucho calor por cuya razón podemos creer que el antropoide no usaría de esos instrumentos para ablandar las pieles y hacer ojales; no necesitaba vestirse; pero, en cambio, los empleaba para espantar los muchísimos parásitos que le molestaban con sus picaduras» (Mortillet. *La France préhistorique*, pág. 89).

Desalojados de ese campo, los partidarios del antropopiteco y del hombre terciario, ocurrieron a los restos presentados en 1869 por Jardy, los cuales, sin embargo, fueron clasificados por el mismo Mortillet como pertenecientes a la época cuaternaria. Las observaciones de Arcelin y de Boule llevaron el convencimiento a todos de que los sílices de Puy Courn «han efectuado largas peregrinaciones al través de los terrenos más o

menos removidos, arrastrados y barridos por agentes enérgicos.»

Después de haber buscado apoyo los defensores de la teoría del antropopiteco en los restos que se han encontrado en los yacimientos de Otta y habiéndose encontrado, a poco tiempo, sin tal apoyo, debieron buscar nuevos datos para sustentar sus afirmaciones; pero, hasta ahora, todos los datos que han aportado al debate o han sido falsos o no tienen la importancia que ellos le atribuían.

En conclusión: todo indica que el hombre no apareció sino en el sistema cuaternario. Pero ante esta deducción, salió Mortillet (Ob. cit. pág. 125) y expuso esta otra hipótesis: «el hombre cuaternario antiguo, el hombre de Neanderthal, de Eynisheim, de Denise, de Canstadt y de Naulette, se distingue del hombre actual, luego en la época terciaria debió existir otro ser inteligente, distinto del hombre cuaternario, y como no podía ser aún el hombre actual, fue el antropopiteco, precursor del hombre.

No nos detendremos en examinar los errores de discurso o lógica que contiene tal argumentación, y pasaremos a los hechos, es decir, a estudiar si los antiguos restos humanos se distinguen por sus caracteres específicos del soma del hombre actual.

El hombre de Neanderthal.—El esqueleto del llamado *homo neanderthalensis* de Kin fue encontrado en el año de 1856 entre las capas de lehm de aluvión del cuaternario del valle de Neander, entre Dusseldorf y Elberfeld. Posteriormente encontráronse en otros lugares restos que acusaban un tipo inferior al de Neander. El punto importante para nuestra discusión es el siguiente: ¿acusan esos restos una forma típica, es decir, acusan la presencia de un pre-hombre, de una especie distinta de la del hombre actual?

Oigamos sobre este punto a Virchow:

«En Europa, dice el sabio alemán, hemos tenido dos ejemplos que poco aliento infunden: la tentativa hecha a propósito del cráneo de Canstadt y el fracaso del cráneo de Neanderthal, los cuales, como ya habían previsto dos sabios eminentes, habían pertenecido a los aborígenes extintos de la raza europea primitiva. En el Congreso de antropólogos alemanes, celebrado hace quince días en Ulm, hemos discutido con amplitud sobre el hallazgo de estos dos cráneos y hemos comprobado que el de Canstadt no pertenece a la época cuaternaria y que el de Neanderthal dista mucho de ser una forma típica. No proseguiremos toda la serie de descubrimientos análogos que sólo nos muestran ejemplares únicos excepcionales; pero debo declarar que aun cuando dichos cráneos fuesen tales cuales han sido descritos y su situación en las capas geológicas fuera exactamente definida, jamás harían argumento favorable para la existencia de una raza inferior primitiva, término de transición entre los animales y el hombre actual. Muchos de estos cráneos se presentan como antiguos; pero todos tienen los caracteres de las razas modernas y aun civilizadas» (Sec. de antropología del Congreso Internacional de Moscú, 1892, cit. *España y América*).

La raza de Canstadt.—En breve resumen haremos la historia del cráneo de Canstadt o del «espectro de Canstadt,» como con suma ironía lo denominó el mismo Virchow a quien acabamos de citar. «El 1700 el duque de Eberhard Ludwig practicando excavaciones en un oppidum romano que había sido descubierto en los alrededores de la citada localidad, encontró en la base del yacimiento gran número de osamentas fósiles de osos, elefantes y hienas, de origen francamente cuaternario y cuyas especies están hoy día extinguidas.

Dichos restos, juntamente con gran cantidad de objetos romanos allí recogidos, fueron luégo transportados al gabinete de historia natural de Stuttgart, donde quedaron expuestos a la curiosidad pública. Salomón Reisel, médico del duque explorador y excelente osteólogo, fue el primero que en el mismo año de 1700 redactó una memoria acerca de los hallazgos obtenidos en las excavaciones verificadas en Canstadt y aunque, según nos dice, tuvo buen cuidado de registrar los objetos por si daba entre ellos con un resto humano, en su escrito insiste en asegurar que no encontró ninguno» (1).

«Un año más tarde, es decir en 1701, otro sabio alemán, el doctor Spleissius, publicó en Schaffhouse una nueva memoria titulada *Oedipus osteothologicus seu disertatio historico-physica de cornibus et ossibus fossilibus canstadiensibus*, en la que igualmente afirma que nada se había encontrado que ni de cerca ni de lejos se pareciese a huesos humanos. A estas memorias siguió un catálogo manuscrito, compuesto entre los años de 1723 y 1735 según Obsermaier o como quieren los Mortillet entre 1720 y 1730, en el que se describen con muchos detalles las excavaciones de 1700, pero en el cual para nada se hace mención del cráneo humano ni de cosa que se le parezca. Más todavía: el doctor Gesener, primero en 1749 en un trabajo acerca de las aguas saladas de Canstadt, y por segunda vez en 1753 en una publicación titulada *Selecta physico-oeconomica*, afirma que las excavaciones canstadienses no arrojaron huesos humanos fósiles. Para encontrar noticias relativas a la existencia de restos humanos fósiles, es preciso esperar a que transcurriese más de un centenario, al 1812, en cuya fecha publicó el gran Cuvier la primera

(1) Dice así la memoria: «...*Inter quae tamen, nulla hominis possunt comparari....*»

edición de su obra *Recherche sur les ossements fossiles*, donde leemos: 'Entre los huesos encontrados en Canstadt se ve un fragmento de mandíbula y algunas obras humanas; pero es bien notorio que el terreno fue removido sin precaución y que no se tomó nota de las diversas alturas en las que cada cosa fue descubierta.' Es decir, que, según Cuvier, allí no había señales de cráneo, y en cuanto al fragmento de mandíbula, el insigne paleontólogo manifiesta sus dudas sobre la autenticidad de ella. Quedamos, por tanto, en que durante más de un siglo nadie hace mención de cráneo de ninguna clase. ¿De dónde viene, pues, pregunta Lapperant, la historia o más bien la leyenda del célebre cráneo de Canstadt?

En 1835, esto es 135 años después de las excavaciones, el paleontólogo G. T. Jalger, en un estudio sobre los mamíferos fósiles de Wurtemberg, declara haber encontrado en una vitrina del museo de Stuttgart una porción de cráneo, al lado de los objetos romanos recogidos en 1700. Esta es, sencillamente, toda la historia de este cráneo famoso. Sobre la simple fe de esa vecindad, Jalger dio por bueno y averiguado que el cráneo procede de los trabajos hechos por el duque Eberhard Ludwig en Canstadt» (*España y América*, 1.º de julio de 1914).

No es sólo toda esta historia la que hace desconfiar del resto de cráneo de Canstadt sobre el cual se ha querido levantar toda una teoría antropológica, sino también los estudios que distinguidos paleontólogos han hecho sobre el particular, que vienen a declarar que el resto del cráneo de Canstadt no tiene la antigüedad que necesitaba y que le atribuían algunos para constituir una prueba fehaciente de ninguna especie respecto a la cronología humana.

Si se hubiera encontrado en el lehm en donde estaban los otros fósiles, pertenecería a la época musteriense y no a la cheliana; o bien es una falsificación como tantas otras que se han presentado, o bien pertenecía a alguno de los soldados del castillo de Ulm. En todo caso, nada queda de todas las atrevidas teorías que sobre él se han levantado y habrá que relegarlo al olvido, como dice el marques de Nadaillac y como lo da a entender Virchow en frases que anteriormente hemos citado.

Los restos de Spy, Enghies, Eguisheim, La Naulette, Cro-Mignon.—Estos restos hánse encontrado con algunos más de animales anteriores y contemporáneos del hombre. Pertenecen a la época cuaternaria. El ejemplar que más abunda es del tipo Cro-Mignon y por eso ha sido el mejor y más ampliamente estudiado y se le considera como el principal elemento étnico de la Europa occidental. Según la autorizada opinión de Quatrefages está representado todavía por cierto número de individuos aislados.

«Es, por tanto, inútil querer colocar esta raza en un lugar específico diferente de la actual, como que es principio de que resulta gran parte de ésta; así como tampoco puede afirmarse el dicho de los poligenistas acerca de ninguno de los cráneos y razas antes mencionadas, de todos los cuales confiesa Quinet, que merece autoridad para nuestros adversarios por comulgar en sus mismas ideas, que 'las cavernas de Enghies, de Neanderthal, de los Eyzies y de la Naulette, han adquirido celebridad porque se esperaba encontrar en los cráneos que encierran al primer Adán en su paraíso glacial. Falsa esperanza. Cierto es que allí se hallaron frentes deprimidas, cerebros estrechos, cabezas oblongas; pero al fin y al cabo eran cabezas de hombres. Hasta en el hombre de Neanderthal, el más rebajado, aún se

encuentran casi en su totalidad los distintivos del hombre actual de Australia y el cráneo tiene ya una capacidad que supera con mucho a la del mono más elevado. Por efecto de otro capricho de la naturaleza o de la casualidad, el cráneo encontrado en Enghies, aunque es uno de los más antiguos, muestra ya las capacidades, la frente despejada, el ángulo espacioso del tipo caucásico; por manera que al cabo de tantas investigaciones y excavaciones y descubrimientos, hemos aquí metidos en las mismas incertidumbres de que anhélábamos salir, sin saber aún de qué manera empezó el hombre a ser hombre y encontrando en él, en el mismo momento, la organización más rebajada y la más alta, casi el idiota y ya el *homo sapiens*. (Quinet. *La Creación*, lib. VI, cap. IV. Cit. *España y América*.)»

De todos los restos enumerados en el párrafo anterior llamaremos la atención únicamente sobre los de Olmo, Naulette y el llamado hombre fósil de Trinil, por ser los más importantes.

Los restos humanos de Castenedolo. A unos cuantos kilómetros de Brescia (Italia) encontráronse durante los años de 1840 a 60, en el terreno plioceno de formación marítima, algunos restos humanos que el italiano Sergi atribuyó a algunos hombres de la época terciaria. No sólo esta suposición es bastante atrevida, porque ella implica que el presunto salvaje, padre del género humano, sabía ya por aquel remoto tiempo y en su estado semibestial, el arte de navegar, sino que también es falsa como lo demuestra el hecho de que cuando el gobierno italiano encomendó al mismo Sergi y a Isael para que estudiaran un nuevo esqueleto que había aparecido en los mismos terrenos de Castenedolo, los comisionados manifestaron que el esqueleto había sido enterrado intencionalmente y que era «preciso renunciar a la idea de referir al plioceno los restos hallados en Castenedolo;

no pertenecen siquiera al cuaternario sino a la época actual» (V. *Bulletino di paleontologia italiana*, julio y agosto de 1899. Cit. de Vigil.—V. *La France Prehistorique*, 2.^a ed.)

Otro tanto puede decirse de los restos encontrados en Savona, que en un principio se creyó fueran contemporáneos del piso astiano del plioceno en que fueron encontrados. (V. Issel., *Condterendu du Congres de Paris*, 1857, pág. 75.—Arcelin, *L'homme tertiaire, Congres de Paris 1888*.)

Los restos de California. El cráneo que fue encontrado en California por algunos mineros que trabajaban en la empresa que para la explotación de oro había establecido el norteamericano Whitney, tampoco puede servir para sostener las teorías que ahora refutamos. Se presentó como de origen terciario ante el Congreso de París de 1867. Pero es hoy para los antropólogos y paleontólogos de origen cuaternario. Hé aquí cómo se expresa de él nada menos que Mortillet: «El famoso cráneo humano, supuesto terciario, es simplemente el cráneo de un idio más o menos moderno. El sabio geólogo de California habrá sido víctima de alguna falsificación interesada por parte de los mineros que no hallando bastante oro en el fondo de aquellos pozos, beneficiaron sin escrúpulo el bolsillo de mister Whitney.» (V. *La Fiance prehistorique* pág. 73 Cit. Vigil).

Los restos de Monte Aperto en el piso astiano del plioceno. Textualmente dice así Monseñor Vigil (Ob. cit. t. 1, 213) al referir ese hallazgo y sobre lo que de él se ha dicho: «Constituye ese depósito algunos huesos de animales fósiles rayados y cortados. Fue tal la impresión producida por esos huesos rayados en el ánimo de Quatrefages, que afirmó sin vacilar: 'son obra de un instrumento cortante, y como sólo el hombre fabrica y maneja semejantes instrumentos, creo en el hombre ter-

ciario de Toscana. Es evidente que alguna horda de esos apartados tiempos encontró en la playa el cadáver de ese gran cetáceo (el balaenotus) y despedazó sus carnes con cuchillos de piedra, como lo hacen hoy las tribus salvajes de Australia.' (V. Quatrefages, *Hommes fossiles et hommes sauvages*). Conviene, no obstante, a la ciencia, que sus adeptos, por más ilustres y beneméritos que sean—y Quatrefages lo es muchísimo—no se dejen arrebatar por las primeras impresiones de una novedad extraordinaria. Todas esas modificaciones de las piezas presentadas como justificantes de la antigüedad del hombre, pueden muy bien ser efectos, no de una industria, sino de presiones muy naturales ejercidas contra el suelo por sílices obtusos o de afiladas aristas o el resultado de mordeduras de peces carnívoros. Procede, pues, demostrar que las incisiones controvertidas pudieron haber sido producidas por un instrumento de piedra; que no pudieron serlo de otra manera; que hay semejanza entre esas incisiones y las que se deben a la industria del hombre del período paleolítico y que el yacimiento de Monte-Aperto era una playa accesible al hombre en los tiempos terciarios.

Pues bien, en el yacimiento de Monte-Aperto no hay silix y el mismo Capellini que sentía hacia su hallazgo el entusiasmo de una convicción honrada, comprendiendo el vacío inmenso que esta circunstancia dejaba en su argumentación, trató de llenarlo presentando tímidamente algunos sílices que resultaron de la época actual (Capellini. *Traces de l'homme tertiaire en Toscane, Compte-rendu du Congrès de Budapest*). Por otra parte, las incisiones del balaenotus, no presentan los caracteres de incisiones producidas por una hacha de piedra, mientras que examinados al microscopio y detenidamente comparadas a otras incisiones hechas artificialmente en huesos semejantes con los dientes de los

escualoides, que abundan en el yacimiento de Monte Aperto, presentan las estrías correspondientes a la sierra de que están armados los dientes de aquellos carniceros peces. Observa, además, Pelegrini Strobel (*V. Bulletino de paleontologia italiana, 1876*) que las capás donde se hallaron esos huesos rayados eran de mar profunda y no de una playa accesible al hombre.»

Una vez más nos valdrá la autoridad nada sospechosa de Mortillet. Dice así el distinguido sabio francés: «No cabe duda que todas las incisiones de huesos de cetáceos presentados hasta hoy son simples productos de los dientes incisivos de los grandes escualoides.» (Ob. cit. 2 ed. pág. 63).

JOSÉ TOMÁS ESCALLON, M. A.

(Continuará).

PAGINAS OLVIDADAS

SERMON DEL PADRE JUNA PREDICADO EN LA BASILICA DE SAN JUAN MARTIR

Hallándose en Roma el autor de estos opúsculos avino un caso singular que dio en qué se ocupara la ciudad eterna por más de 15 días. Y fue que un viernes debía haber sermón en la basílica de San Juan Martir; sermón anunciado de antemano, con el aliciente de ser nuevo, desconocido y misterioso el orador. Decían unos que era el tal un fraile extranjero de mucho nombre que andaba viajando incógnito: el padre Jacinto, el padre Félix o alguno de los oradores sagrados de más fama en Europa. Otros pensaban que había venido expreso un clérigo toscano que estaba dando golpe en Italia; y otros querían sostener que era un prodigio brotado del huevo del ruiseñor, como Tenorini, que se